



**Girón
50**

Lo más significativo fue la actitud, el derroche de valor y de coraje de los combatientes

Primera parte de la entrevista realizada al General de División (r) José Ramón Fernández por Magali García Moré y publicada en *Granma* el 20 de abril de 1976

La autora, con motivo de las investigaciones realizadas por el entrevistado durante la preparación de la Conferencia Científica "Girón 40 años después", del conocimiento de documentos desclasificados de la CIA y de otras dependencias del gobierno norteamericano, así como de publicaciones de distintos autores e investigadores, ha conformado el material que ofrecemos a continuación

APROXIMADAMENTE a las 02:40 de la madrugada del día 17 de abril de 1961 recibí en la Escuela de Cadetes de Managua, donde residía de modo permanente, una llamada telefónica del Comandante en Jefe. Me dijo que se estaba produciendo un desembarco en la región de la Ciénaga de Zapata y que, sin perder un minuto, me trasladara para la Escuela de Responsables de Milicias que radicaba en Matanzas y que al mando de ella me dirigiera a combatir la invasión.

A esa escuela, que yo dirigía, le correspondió muy tempranamente la misión de trasladarse a Playa Larga con el propósito de rechazar la invasión. Recibida la orden del compañero Fidel, debía determinar, en qué vehículo me trasladaría y seleccionar los hombres que irían conmigo. Sería un grupo muy pequeño, los cuatro que ocuparían las capacidades del jeep que pocos meses antes había recibido.

Todavía no había acabado de vestirme cuando Fidel me llamó otra vez para saber si ya había salido.

Minutos después hizo una tercera llamada con el mismo objetivo. Eso explica la forma enérgica y tenaz con que Fidel exige el cumplimiento de las tareas y controla su organización y desarrollo.

El local donde se almacenaban los mapas y la base material de estudio de la escuela estaba cerrado y quien tenía la llave se encontraba un tanto distante. Vuelve a llamar Fidel. Ordené romper la puerta, me hice de los mapas con una demora de minutos que me parecían horas; al llamar Fidel nuevamente, le dicen, por orden mía, que me había ido. Estaba comenzando a moverse mi vehículo.

Fidel me había dicho que no me molestara en llamar a la Escuela de Responsables de Milicias porque él mismo lo haría y ordenaría que se alistase para salir de operaciones.

Cuando llegué, ya toda la Escuela se había levantado y los alumnos estaban desayunando. Esperaban la orden de partida.

Obedeciendo a la orden de mi sustituto en la dirección de la Escuela, capitán Raúl Vilá Otero, situada aledaña a la Carretera Central, el personal comenzó a detener los camiones que circulaban, y los movilizaba para el Servicio Militar, de modo provisional.

Como muchos de ellos transportaban los productos más disímiles —vegetales, viandas, jaulas con animales vivos incluso— se procedía a descargarlos frente a la Escuela en el polígono de formación, que ofrecía una imagen de feria improvisada.

En la propia posta de la entrada me comunicaron que el Comandante en Jefe esperaba en el teléfono



En primer plano, el entonces Capitán José Ramón Fernández, luego de la captura de un mercenario.

que yo le respondiera. Hacía un seguimiento estricto del cumplimiento de su orden. No nos molestaba que lo hiciera, al contrario, y constituye una ayuda invaluable que el Jefe no solo nos exija, sino que esté disponible para cualquier consulta o aclaración a sus subordinados, más en una misión como la que nos había confiado, de gran responsabilidad, trascendencia y contenido. La actitud de Fidel me confortaba y daba confianza, y su disponibilidad fue para mí esencial.

Se interesó por conocer el estado moral de los alumnos. El ánimo es excelente, respondí a Fidel. Aquellos alumnos se preparaban para oficiales y fueron seleccionados en un proceso riguroso; ascendieron tres veces el Pico Turquino y se probaban día a día durante el desarrollo del curso basado en esfuerzo, exigencia, disciplina. El curso era muy riguroso, demandaba mucho de cada uno.

El día 16 después del entierro de las víctimas del bombardeo a nuestra patria, a la base aérea de San Antonio de los Baños y a los aeropuertos de Ciudad Libertad y de Santiago de Cuba, recibí

la indicación de que mi tarea era continuar preparando oficiales y tropas.

No obstante lo anterior, viajé de Managua a Matanzas y organicé la Escuela como un Batallón de Combate. Es así que el día 17 al amanecer, tenían en las manos sus armas, más las armas de apoyo, consistentes en una Batería de morteros y escuadras con ametralladoras de trípode, sacadas de los almacenes y módulos de municiones. La Escuela estaba lista para cumplir la misión y la tarea en cuanto tuviera el transporte.

En la conversación telefónica con Fidel me expresó que, aunque no había detalles ni precisiones en cuanto al número de los invasores, estaba confirmado el desembarco del enemigo por Playa Larga y Playa Girón, de modo que la Escuela era la unidad importante más cercana a unos cien kilómetros de los puntos de desembarco.

Por indicación del Comandante en Jefe, situaría mi puesto de mando en la oficina del administrador del central azucarero Australia. Allí, puntualizó, se estaba instalando en esos momentos un teléfono que con solo descolgarlo me permitiría comunicarme con él, en el Punto Uno.